

DNI: Down

CARMEN DE SILVA MARTÍNEZ

Accésit

Accedió a darme esta entrevista, pero con sus condiciones. Nada de grabadoras, ni apuntes, ni fotografías. Solos él y yo. Habían pasado veinticinco años desde su gesta, pero seguía dispuesto a contarla. Era, como él mismo decía, una bonita forma de revivirla.

—¡Madre mía! Aún se me pone la carne de gallina cuando recuerdo el día de mi graduación universitaria. Si cierro muy fuerte los ojos todavía puedo verlo. Mira, coge mis manos, a ver si puedes sentirlo tú también.

Me pilló un poco desprevenida y quité la mano instintivamente retrayéndola hacia mí. Me parecía un gesto demasiado íntimo, innecesario para una entrevista periodística. David notó mi sonrojo y rápidamente intervino.

—Tranquila, Paloma, no pasa nada. Es una forma diferente de contarte el momento más maravilloso de mi vida, pura química, no temas. Está demostrado que la piel es una increíble conductora de emociones, además, lo he hecho ya tantas veces que sé cómo conseguir que te metas en mi cabeza, metafóricamente hablando, claro. Es solo cuestión

de empatía. Tú prueba y si no te sientes cómoda intentamos una entrevista tradicional.

David sonrió, se acercó de nuevo a mí armado de ternura y lanzó una furtiva caricia con destino a mi pelo —¿Lista para vivir la experiencia? —me dijo.

—¡De acuerdo, adelante! Confío en ti—. Entonces frunció el ceño y apretó los párpados como queriendo traspasar los límites de lo real. Me instó a que hiciera lo mismo, cogió de nuevo mi mano entre las suyas y comenzó su relato en un ejercicio de virtuosa ensoñación que al momento aceleró su corazón. Mientras, yo, me dejaba llevar.

—Ahí está, lo veo como si estuviera allí ahora mismo, ¿lo ves tú? Veo el auditorio de la facultad lleno a rebosar, el escenario engalanado, las luces tenues que clarean el patio de butacas y las más poderosas que iluminan las tablas dándoles señorío. Veo togas, corbatas, cabellos alisados y reluciente gomina. Veo madres y padres henchidos de orgullo, abuelos felicísimos y hermanos satisfechos... sobre todo los míos. ¡Mira, mira!, allí están. Mi madre está increíble, qué guapa ha venido, y mis cuatro hermanas qué, qué te parecen. Son como cuatro soles que dan esplendor a mi padre. Él también está pletórico, se le ve. ¡Se siente orgulloso de mí! y no es para menos. ¿Y dónde estoy yo? Todavía no me he localizado. ¡Ah!, ¡sí, sí! Mírame allí. Estoy sentado con el resto de colegas, esperando mi turno para la gloria. ¿Me ves? Sí, allí, al lado de la columna. Estoy quieto, agazapado en mi butaca, inmóvil de cuerpo, pero con los sentidos alerta, hasta siento el murmullo que abraza el ambiente, ¿lo sientes tú, Paloma?

David está cada vez más emocionado y yo le sigo el juego para no decepcionarlo. Con cuidado, aprieto una de sus manos y le digo que sí, que lo siento, aunque, por ahora, lo único que percibo es

su pulso a galope empujando al mío. Por el rabillo del ojo observo que sonrío y tan amplia es su mueca que se le escapa un hilo de baba por la comisura de los labios. Es felicidad en estado líquido y no voy a ser yo quien rompa su momento. Prefiero actuar un poco. Ya encontraré la forma de resolver la entrevista.

—Sí, David, te veo con toda tu promoción. Estás guapísimo. ¿Llevas un traje nuevo, ¿no?

David sonríe cómplice de mi intento de medio mentira y contesta. —Sí, me lo compró mi madre para la ocasión, pero no te distraigas que ahora viene lo bueno. Quedan dos y voy yo. ¡Ay, Dios mío, qué nervios! Uno y salgo.

A estas alturas, las palmas de sus manos son una caldera hirviente, ha empezado a sudar y su respiración se agita cada segundo. Con disimulo, de nuevo abro mínimamente un ojo para ver si está bien y enseguida tira de mi mano reclamando toda mi atención.

—¡No los abras! ¡Ciérralos! Ahora es cuando habla el decano.

—Antes de hacer salir a nuestro próximo graduado me van a permitir que adorne su nombre con unas sencillas palabras. Creo que las merece. A continuación, recibe su título de diplomado en Magisterio, David Gil Velasco, la primera persona con síndrome de Down que consigue un título universitario en Europa. Un gran aplauso para él.

—¡Escucha, Paloma! Es el aplauso más grande que he oído y oíré jamás en mi vida. Siempre digo que sí a las entrevistas que me pedís los periodistas solo por recordar este momento. ¡Mira, mira!, parece como si el fervor de la sala me llevara en volandas hasta el centro del escenario. Sí señor, ¡ahí estoy yo! No me digas que no me ves.

—Pues claro que te veo —contesté un tanto airada cada vez más inmersa en su historia. Lo cierto es que estoy empezando a meterme en sus emociones. Sus manos suaves y velludas me trasladan sus vivencias en una especie de diálisis emocional. No sé si lo siento o lo imagino, pero mis ojos, fuertemente sellados, se mueven ahora a un ritmo frenético. Quizás me he dormido, quizás sueño, pero veo a David en su graduación.

Allí está, solo ante el peligro en mitad del prosenio, con los focos cenitales realizando su poco esbelta figura, su cabeza pequeña, su pronunciado labio inferior y sus párpados rasgados tapados a medias por unas gafas de alta graduación.

—¡Ahora hablo, Paloma! Verás qué bonito. Mis padres me ayudaron a preparar un discurso precioso, pero al final no lo dije y no fue a propósito, es que no me salía. Otras palabras brotaban solas. ¡Atenta! —Me dice al borde del clímax.

—Querido público. Queridos compañeros. Querido decano. Autoridades. Hoy soy la persona más feliz sobre la faz de la tierra, pero quiero que sepan que no todo ha sido alegría. La vida universitaria no es tan divertida como la pintan, al menos para mí. Estudiar es lo de menos, cualquiera puede hacerlo, incluso un síndrome de Down como yo, solo es cuestión de ponerse. Pero pasar tres años entre estas paredes cargadas de tanto humanismo y tan poca humanidad, eso es otra cosa, amigos. He tenido que luchar lo que ustedes nunca imaginarán, he batallado por mis derechos, por mis deberes, por ser uno más, por poder trabajar en equipo... Ha habido cosas buenas, claro que sí, pero el camino ha sido demasiado duro: tres años enteros de soledad acompañada.

—¿Has visto, Paloma? El auditorio se ha quedado mudo. No se lo esperaban.

Ahora soy yo la que tira de su brazo intencionalmente para que no interrumpa su discurso. —Sigue, David, por favor, no te pares ahora. Quiero escucharte. —Y los dos continuamos con nuestras manos entrelazadas chorreando sudor.

—No es oro todo lo que reluce, señores. Todo fueron parabienes hasta el día de mi primer examen. En la puerta del aula me pidieron mi DNI. Entonces un imbécil, un supuesto compañero, murmuró desde la cola de entrada a clase: “DNI: Down” y todos rieron. En ese instante supe que tenía que tomar una postura: o me dejaba llevar y me construía un micromundo de compasión absurdo o, por el contrario, hacía de yo mismo: luchador, valiente, tenaz, distinto, con síndrome de Down y... marginado. Y claro está. Decidí ser yo, marginado, pero yo. ¿Y saben qué? En este tiempo en la universidad no he hecho ni un solo amigo. Ni uno solo. Y eso es duro, sobre todo a los dieciocho años.

Atrapado en una especie de letargo, veo que cesa su relato. —David, continúa, por favor. Estoy aquí, contigo. Necesito que sigas para terminar la entrevista—. Las lágrimas mojan sus mejillas sonrosadas parándose en sus labios. Las lame y prosigue.

—Mis padres siempre me dijeron que si daba todo de mí en la carrera podría llegar adonde yo quisiera. Y así ha sido, pero sin alegría, sin fiestas, sin quedadas, sin ligues, sin pellas, sin mus, sin botellines, sin apuntes compartidos, sin amigos.

Superado ya el episodio de shock anterior, me lanza un atrevido: —Ves, Paloma, nadie se atreve a decir ni mu.

—“Es que eres diferente”, me han dicho muchas veces en clase. ¿Y qué? ¿Quién no lo es? ¿Acaso hay dos personas iguales aquí? ¿Es que la diferencia merece compasión en vez de respeto? ¿O quizás

es miedo? Tememos lo que no conocemos, todos lo sabemos, pero lo triste es que nadie hizo por conocerme. Y fíjense, señores, con mi síndrome auestas y he logrado lo mismo que la mayoría de ustedes. Soy diferente, sí, y lo tengo asumido, pero me temo que ustedes no. Espero que estas palabras salidas directamente de mi alma herida les sirvan para reflexionar.

No pude evitar que unas enormes gotas llenas de sentimiento salieran en cascada de mis todavía herméticos ojos y él, más sensible que la mayoría, más listo que muchos y más capaz que casi todos, me consoló.

—Paloma, no llores, que estás aquí para entrevistarme, recuérdalo, y una periodista tan lista y tan capacitada como tú tiene que mantener el tipo. Además, sécate ya esas lágrimas, que no te van a dejar ver lo mejor. ¡Mira, mira! ¡Mira lo que está pasando! ¡Este es mi verdadero triunfo!

Durante unos segundos junté más si cabe los párpados en un esfuerzo final por no perderme ni un solo detalle del desenlace. Apreté su mano casi hasta el dolor y noté cómo los poros de mi piel se abrían aún más. Mis aguzados sentidos lo captaban todo. Empecé a escuchar entonces el chirriar de las butacas del auditorio plegando su parte inferior al sentirse libres del peso de sus ocupantes. Todo el público del recinto estaba levantado, podía verlo, podía sentirlo. El estruendo del batir de manos se entremezclaba con el crujir de la madera reventada por la repentina presión de la gente puesta en pie. Todo el mundo jaleaba a David, se abrazaban unos a otros y asentían en un gesto de comprensión generalizada.

—Ves, Paloma. Por eso quería que me cogieras las manos. Ahora serás capaz de contar mucho mejor esta entrevista.